

Bragland Foldron

Parte 2

Susan Foldron se encontraba sentada en una cómoda silla de la sala apretando contra su regazo lo que hacía poco había terminado de tejer durante la tarde en amena reunión con sus amigas, las cuales ya se habían ido para sus casas. En su blanco rostro se dibujaba una sonrisa de oreja a oreja; una felicidad que no podía ocultar. Sus ojos negros se aguaron, así que se ventiló con una mano para evitar el reflejo. Recogió su negro pelo liso para liberar un poco el calor que empezaba a sentir y respiró profundo. Sentía que el tiempo esperando la llegada de su esposo se hacía eterno.

Empezando la noche Bragland llegó a casa saludando alegremente. Susan lo saludó de igual manera sin moverse de la silla, pero de igual modo sin dejar de mirar a su esposo con aquella linda sonrisa. Ella lo escuchaba parlotear sobre no sé qué cosas del trabajo mientras lo veía pasar de un lado a otro quitándose la capa y sirviéndose una bebida de hierbas preparada por infusión. Susan se levantó de la silla y algo dijo que Bragland no escuchó por estar hablando de espaldas a ella mientras buscaba algo en la alacena.

—Esposo —repitió ella en un tono más alto haciendo que por fin guardara silencio y le prestara atención; él miró a la semielfa con curiosidad y algo de impaciencia al ver que ella no decía palabra y solo lo miraba con una sonrisa que no entendía.

—¿Qué pasa mujer? —Ella no pudo evitar dejar salir una risa al tiempo que extendía eso que había tenido apretado contra su regazo para mostrarlo a su esposo: se trataba de un muñeco de trapo. El semielfo bajó los hombros con desánimo e hizo una mueca para luego beber de su jarra mientras miraba hacia el hogar de la casa donde crepitaba una muy escasa leña que brindaba más luz que calor. De repente detuvo su ingesta y la mujer comenzó a llorar y a reír cortadamente sin dejar de extender la mano con su artesanía; Bragland la miró con ojos abiertos y expectantes por encima de la jarra que aún se encontraba en su boca, lo que la hizo llorar aún más. El hombre dejó la jarra en la mesa y tosió al ahogarse con el trago; se limpió con la manga de la camisa de lino, señaló el muñeco mientras miraba a su mujer expectante.

—¿Eso...? —preguntó Bragland.

—Sí —respondió la mujer asintiendo y entonces Bragland corrió a abrazarla levantándola del suelo y ambos rieron ampliamente llenos de alegría. La depositó con suavidad en el suelo y la besó tiernamente consintiendo su rostro y su cabello mientras la miraba tiernamente.

—¿Hace cuánto que lo sabes?

—Hoy apenas esposo mío. En las horas de la mañana vino Ana, la partera, la prueba en vino mostró el embarazo.

—Tu salud, ¡oh tu salud! He de conseguir una doncella que te acompañe desde ahora. —La mujer asintió entusiasmada, Bragland la tomó de la mano y la llevó al cuarto,

allí se alistaron para dormir sin parar de hablar del futuro que les deparaban los Sellos y del brillante presente que se estaban forjando. Yacieron en la cama largo rato en un abrazo amoroso sin parar de hablar de nombres y sueños hasta que estos últimos los envolvieron de manera profunda.

Bragland abrió los ojos de manera intempestiva y con un solo movimiento quedó sentado en la cama. Miró rápidamente hacia uno y otro lado tratando de ubicarse, Susan no se encontraba por ninguna parte y la luz que entraba por la ventana le indicaba que ya estaba avanzada la mañana. Lavó su rostro y sus manos y se organizó lentamente en un silencio que incluso él mismo pudo reconocer poco habitual en su rutina diaria, pues se caracterizaba por ser un hombre enérgico.

Al bajar las escaleras encontró a Susan preparando un arenque ahumado junto con unos vegetales mientras murmuraba lo que parecía una canción. Él se le acercó por la espalda y la abrazó suavemente haciéndola sonreír.

—¿Sí pudiste descansar esposo mío?

—Claro que sí.

—Parecía que habías tenido una noche agitada en tus sueños. —Bragland la miró con curiosidad mientras servía vino en un par de copas—. Murmurabas, casi nada se te entendía —rio la mujer— solo un par de palabras como “señor” y “suyo”, llegué a pensar en despertarte, pero luego calmabas y volvías a un sueño tranquilo.

—No recuerdo de que trataban los sueños —respondió el semielfo llevando las copas a la mesa mientras su mente se retrotraía para recordar el sueño, pero lo único que llegaba a su mente era una sensación de desasosiego junto con una impresión fuerte que lo había hecho levantarse de un tirón de la cama —. ¿Dónde está la mucama? No puede ser que nosotros tengamos que poner la mesa.

—La envié al mercado, además sabes que me gusta cocinar, no me molesta. Es entretenido para mí.

—Es escandaloso —respondió su marido en un tono que trataba de ser serio— si las otras familias se enteraran... —. Susan rio mientras llevaba los platos a la mesa y se sentaba al tiempo que Bragland.

—Mantendremos este oscuro secreto dentro de la familia —. Rio nuevamente mientras Bragland fingía dignidad.

Se despidieron en la puerta y el semielfo le recordó a su esposa buscar una doncella para que le ayudara de ahora en adelante. Salió de su casa y sin haberse alejado mucho escuchó el graznido de su “cuervo” en el techo justo arriba del portón; “así que ahí estás, vamos, el taller de alquimia nos espera”, pensó y el falso animal voló hasta su hombro para ser llevado por su amo.

Bragland poco a poco y como si del vaivén de las olas se tratara, empezó a escuchar su nombre repetidas veces, al principio como un grupo ininteligible de sonidos que al llegar a la playa de su mente se iban reconstruyendo. Trataba de aferrarse al sonido de las palabras, pero le era imposible en los primeros intentos, como si el regresar de la marea onírica lo golpeará con fuerza acercándolo una palma y alejándolo dos. No dudó en escapar de la sensación horrible que le oprimía y un último llamado claro en la voz preocupada de Susan fue su aliciente para dar una larga brazada final que lo llevara hasta la claridad del mundo que inocentemente llamamos real.

Sus ojos se abrieron en una breve expresión de horror y de manera inconsciente había tomado una de las muñecas de Susan apretándola con fuerza; en medio de la oscuridad del cuarto que se iluminaba muy tenuemente por algunos rayos de luna que se filtraban por las ranuras de las ventanas, y la ventaja en su visión -provista por parte de la herencia que corría por su sangre- el semielfo pudo adivinar la cara de angustia de su esposa.

—¡Esposo mío, te encuentras bien? —preguntó la mujer acariciándole el cabello húmedo en sudor —Estabas agitado y casi gritando; le hablabas a alguien, te negabas a algo, repetías “no, otra cosa, pero no”. —A la mujer le pareció verlo palidecer, como si sus palabras le hubieran traído de regreso el sueño en un fuerte golpe—. Pero ahora no importa mi amor, estás aquí, conmigo —le dijo tratando de enmendar el error de sus palabras mientras lo abrazaba y se acomodaban para continuar durmiendo. Susan no lo vio mantenerse despierto largo rato en profunda reflexión.

La rutina diaria fue en esta ocasión pesada y lenta. Normalmente, en el taller de alquimia puesto a su servicio por el Gremio de la Serpiente Dorada para sus experimentos, solía trabajar de buen grado haciendo ensayos y anotando sus avances y retrocesos. Rara vez se encontraba acompañado y siempre, antes y después de ser dejado a solas cerraba con llave para que su diablillo pudiera adoptar su forma natural y así poder usarlo como ayudante para una y otra tarea. Solía hablarle en voz alta, aunque en realidad no era algo que necesitara, pues su vínculo mágico les permitía comunicarse de manera telepática con un lenguaje de ideas más que de palabras; de hecho, en todo el tiempo que llevaban de estar juntos jamás le había escuchado pronunciar palabra alguna más allá de un chillido o una que otra risa aguda.

Trabajaba a un ritmo muy lento y con poca concentración, llegando a detenerse por largos períodos de tiempo quedándose estático mirando fijamente algún componente de su mesa de trabajo o abriendo su libro de apuntes para tomar la pluma y quedarse mirando la hoja en blanco o a medio llenar. Un tiempo le tomó darse cuenta que Furia, como le llamaba al diablillo, no había prestado mayor colaboración en el taller; se había mantenido casi todo el tiempo sobre un estante de libros sentado o

acostado, incluso juraría haberlo visto dormir un par de veces, lo que pensó confirmar al recordar que varias veces lo llamó en su mente y este no acudió. Lo volteó a mirar con el ceño fruncido y vio que este se encontraba acostado en tal anaquel dándole la espalda; trató de no darle importancia y se paró a recoger lo que necesitaba y al pasar por un pequeño espejo y ver de soslayo su reflejo, se vio obligado a regresar para mirarse en detalle: su rostro estaba pálido y sus ojos cansados; su herencia élfica le guardaba del paso de los años y sin embargo se vio viejo y agotado.

Llegó a su casa más tarde de lo habitual y su esposa pudo ver la fatiga que le invadía y lo quiso atender de buena gana, pero Bragland, aunque trató de mantenerse jovial le fue imposible seguir el apacible ritmo de la noche y de la conversación teniendo que retirarse temprano pidiendo disculpas a su esposa. Susan lo comprendió y prometió seguirlo pronto queriendo terminar primero un tejido que la había tenido obsesionada todo el día.

Bragland se encontraba de pie en el astillero principal de Tabask. Odiaba ese lugar. Lleno de gente mal oliente, de porquería y de bullicio. Hacía mala cara viendo pasar a los marineros, levantando una ceja y mirando por encima del hombro. Con las manos atrás cogida una de la otra, caminaba por los corredores abiertos de madera evitando ágilmente ser tocado por los transeúntes hasta llegar al final del camino, quedándole una vista imponente del mar en un atardecer pintado de color naranja. Sin darse cuenta, poco a poco el bullicio del astillero fue desapareciendo, le pareció ver al mar detenerse por un segundo y moverse completamente en reversa a una velocidad vertiginosa. Si bien le causó curiosidad, lo que le aterró fue no escuchar ningún sonido provenir del agua agitada: ni el movimiento de las olas, ni el choque del agua con barcos o postes de madera, tampoco el chocar del agua contra los arrecifes mientras esta se retiraba.

Nada.

Volteó para preguntar a cualquiera si veían lo mismo que él, pero quedó de una pieza cuando se dio cuenta que todas las personas se habían detenido en posiciones algo encorvadas y con sus brazos descolgados, todas mirándolo fijamente. O tal vez no. No podía estar seguro; los rostros eran sombríos y no podía estar seguro que allí en medio de una oscuridad pavorosa existieran aún ojos que lo escrutaran, pero la sensación de sentirse observado era cada vez más incómoda.

Apretó los dientes, sacó su daga enojada con la mano izquierda y la derecha la extendió hacia el frente pronunciando un encantamiento para prender en fuego a los entes vigilantes. Pero nada pasó. No pudo sentir el flujo arcano a través de sus venas; al tratar de intentarlo nuevamente no pudo pronunciar las palabras mágicas, como si de golpe las hubiera olvidado, de la misma forma que muchas veces alguien trata de pronunciar algo que tiene en la punta de la lengua y no es posible que la palabra venga

con claridad a la mente y en vez de eso pasan palabras que creemos familiares y no lo son. Su corazón sintió pánico puro.

Con un destello en su mente se giró nuevamente hacia el mar y lo que vio fue una enorme ola, del tamaño de una cordillera acercarse hacia él. se veía lejana y enorme y aunque parecía moverse lento el semielfo sabía que en un parpadeo la ola descomunal llegaría a él.

—Te ves bastante mal querido Bragland, parece que los años se te vinieron todos encima en un solo día —Escuchó decir a la enorme ola en una voz profunda, calmada y pedante. Fue incapaz de responder—. ¿Has perdido tu poder arcano? Eso es lamentable, pero, ¿cómo puede ser eso posible?

—Mi... Mi señor... ¡Mi señor! —logró articular con voz temblorosa cayendo de rodillas.

—¡Oh, claro! Tu poder viene directamente de mí y así como tú no quieres compartir tu tesoro conmigo, no tengo por qué compartir los míos contigo ¿no lo crees así mi buen Bragland?

—Mi señor, no... no es eso, sabe que daría cualquier cosa a usted.

—¿Entonces por qué estamos teniendo esta discusión otra vez?

—Es que...—trataba de decir entre lágrimas— lo he estado esperando por tanto tiempo, ha sido tan deseado que...

—¿Y acaso el poder que te he concedido no era también un deseado? ¿qué sería de ti sin mis dones?

—Lo sé.

—Pero no quiero que pienses que soy injusto —dijo la voz con un fingido tono de humildad—, solo te pido que cumplas con tu parte del pacto, yo te di lo que querías y tú me prometiste algo a cambio. No es ni más, ni menos ¿No querrás deshacer el pacto, o sí Bragland Foldron? —La pregunta aterraba al semielfo; la sola idea de despedirse de todo su poder a la velocidad de un parpadeo y convertirse en un ser ordinario, sin gracia ni habilidad, era algo que no quería imaginar. Y lo peor era que sabía que ese sería el menor de sus problemas. La ola se acercaba mucho más rápido de lo que había esperado; prácticamente toda el agua del astillero había sido recogida por la furiosa voluntad de este poder convertido en agua y los barcos habían ya tocado el suelo marino desnudo ladeándose para empezar a caer lentamente. Bragland, de rodillas se tendió en una reverencia que lo hizo tocar el suelo de madera con la frente.

—¡No mi señor, no por favor! —dijo a viva voz— ¡le daré al niño, le daré a Susan, le daré lo que quiera, pero por favor no me quite su gracia!

—Ja, ja, ja, ja, ja, pequeño mierdecilla de ser, por suerte para Susan no la deseo a ella. Solo cumple con tu parte del pacto y todo seguirá como ha de ser.

—El niño será suyo, el niño será suyo, el niño será suyo —repitió sin cesar Bragland con sus ojos cerrados mientras sentía como la descomunal muralla de agua se acercaba cada vez más.

Despertó con un sobresalto jugado en sudor, pálido como un muerto y asustado como un cobarde. Limpió el excesivo sudor de su frente y miró a su mujer entre la penumbra y viendo que encontraba dándole la espalda en la cama se tranquilizó un poco. Con suavidad se acomodó cerca de ella para abrazarla por la cintura y consentirle el vientre. Así, no pudo ver la cara de espanto de su mujer, que tenía los ojos abiertos y sin parpadear con lágrimas corriendo sobre su almohada.

CONTINUARÁ...